

No pueden saber cómo es nuestra vida ahora: ustedes siempre estarán un paso más atrás.

Den las gracias por eso.

No pueden saber cómo era nuestra vida entonces: ustedes siempre estarán un paso más adelante.

Den las gracias por eso también.

Pueden estar seguros: existe un equilibrio casi perfecto entre el pasado y el futuro. Mientras nosotros nos convertimos en el pasado lejano, ustedes se convierten en un futuro que muy pocos habríamos podido imaginar.

Es difícil pensar en estas cuestiones cuando estás ocupado soñando, amando o teniendo sexo. El contexto desaparece. Para ustedes, nosotros representamos una carga espiritual, como la de sus abuelos o los amigos de la infancia que, en un momento, se fueron a vivir a otro lado. Tratamos de hacerles la carga lo más liviana posible. Y, al mismo tiempo, cuando los contemplamos, no podemos evitar pensar en nosotros mismos. Años atrás, fuimos nosotros los que soñábamos, amábamos o teníamos sexo; años atrás, fuimos nosotros los que estábamos vivos y luego fuimos los que moríamos. Nosotros entrelazamos nuestra historia muy sutilmente con la

de ustedes; años atrás, fuimos como ustedes, solo que nuestro mundo era distinto.

No tienen idea de lo cerca que estuvieron de la muerte. Una o dos generaciones antes, probablemente estarían aquí, a nuestro lado.

Nosotros los envidiamos. Ustedes nos asombran.



Son las 20:07 de un viernes por la noche y, en este momento, Neil Kim está pensando en nosotros. Tiene quince años y se dirige a la casa de su novio Peter. Hace un año que salen y Neil piensa que es mucho tiempo. Desde el principio, todos han insistido en que no iban a durar. Pero ahora, aun cuando no dure para siempre, le parece que ha pasado el tiempo suficiente como para convertirse en algo importante. Los padres de Peter lo tratan como a un hijo más y, mientras los padres de Neil todavía se muestran entre confundidos y angustiados, no han trabado ninguna puerta.

Neil lleva en la mochila dos DVD, dos botellas de Dr Pepper Light, masa para hacer galletas y un libro de poemas. Eso, más Peter, es todo lo que necesita para sentirse profundamente afortunado. Pero la suerte, hemos aprendido, es parte de una invisible ecuación. A dos cuadras de la casa de Peter, Neil intuye esta cuestión y lo asalta una

sensación desconocida de profunda gratitud. Se da cuenta de que parte de su buena suerte depende de su lugar en la historia y piensa fugazmente en nosotros, los que vinimos antes. Para él, no tenemos nombre ni rostro; somos una abstracción, una fuerza. Su gratitud es algo inusual: es mucho más probable que un chico se sienta agradecido de tener una botella de Dr Pepper Light que de estar vivo y saludable, de poder ir a los quince años a la casa de su novio sin tener la menor duda de que es lo correcto.

No tiene idea de lo hermoso que es mientras recorre ese sendero y toca el timbre; no tiene idea de lo hermosas que se vuelven las cosas cotidianas cuando desaparecen.



Si son adolescentes ahora, es poco probable que nos hayan conocido bien. Somos sus tíos en la sombra, los ángeles de sus padrinos, el mejor amigo de sus madres o abuelas en la universidad, el autor de ese libro que encontraron en la biblioteca, en la sección de literatura gay. Somos personajes de una obra de Tony Kushner o nombres en un anuario escolar que se mira muy raramente. Somos los fantasmas de los sobrevivientes de la generación más vieja. Ustedes conocen algunas de nuestras canciones.

No queremos atormentarlos con una carga muy lúgubre

ni queremos que nuestro legado sea muy pesado. No es necesario que vivan así, y tampoco querrán ser recordados de esa manera. Cometerían un error si consideraran que lo que tenemos en común es el que hayamos muerto. Lo vivido es más importante.

Nosotros les enseñamos a bailar.



Es cierto. Miren a Tariq Johnson en la pista de baile. En serio, ¡mírenlo! Un metro noventa de altura y ochenta y dos kilos, todo lo cual puede convertirse, con la ropa y la canción apropiadas, en una masa de despreocupada alegría. (El peinado apropiado también ayuda). Maneja su cuerpo como si estuviera hecho de fuegos artificiales programados al ritmo de la música. ¿Está bailando solo o con todas las personas que se encuentran en el salón? Este es el secreto: no tiene importancia. Viajó dos horas para llegar a la ciudad y, cuando todo termine, le tomará más de dos horas regresar a su casa. Pero vale la pena. La libertad no es solamente votar, casarse y besarse en la calle, aun cuando todo eso sea importante. La libertad también tiene que ver con lo que te permites hacer. Observamos a Tariq sentado en el comedor mirando furtivamente a los chicos mayores. Lo observamos mientras dispone su vestuario en la cama, creando

el perfil de la persona que será esta noche. Pasamos años haciendo estas cosas. Y esto es lo que ansiábamos, lo mismo que Tariq ansía: esta liberación.

La música no es muy diferente ahora de cuando nosotros nos lanzábamos a la pista de baile. Eso significa algo. Encontramos algo universal. Contenemos ese deseo y luego lo soltamos en las ondas electromagnéticas. Los sonidos golpean tu cuerpo y te mueves.

Nosotros estamos en las partículas que te impulsan. Estamos en esa música.

Danza para nosotros, Tariq.

Siente nuestra presencia ahí, en tu libertad.



Fue una deliciosa ironía: justo cuando ya no quisimos matarnos, comenzamos a morir. Justo cuando nos sentimos fuertes, la fuerza nos fue arrebatada.

Esto no debería ocurrirles a ustedes.

Los adultos pueden hablar cuanto quieran acerca de lo invencible que se siente la juventud. Seguramente, algunos teníamos esa bravuconería. Pero también existía esa voz interna que nos decía que estábamos condenados. Y luego estuvimos condenados. Y después ya no lo estuvimos más.

Ustedes nunca deberían sentir que están condenados.



Son las 20:43 del mismo viernes por la noche, y Cooper Riggs está en medio de la nada. Se encuentra en su habitación, solo, y siente que no está en ningún lado. Podría estar afuera rodeado de gente e igual tendría esa sensación de vacío. El mundo le parece chato y aburrido. Ha perdido todas las sensaciones y, en su lugar, su energía está corriendo por los ajetreados pasillos de su mente, emitiendo un ruido de ira y frustración. Sentado en la cama, está llevando a cabo una lucha interior y, finalmente, lo único que se le ocurre hacer es entrar a Internet, porque allí la vida es tan chata como la vida real, pero sin las ilusiones. Tiene solo diecisiete años pero, en la red, puede tener veintidós, quince o veintisiete. Lo que la otra persona quiera. Tiene perfiles falsos, fotos falsas, estados falsos e historias falsas. Y la mayor parte de las conversaciones también son falsas, llenas de insinuaciones que nunca llegará a cumplir; chisporroteos que nunca se convertirán en fuego. Aunque no lo admita, lo que en realidad está buscando es la sorpresa de algo genuino. Abre siete sitios al mismo tiempo para mantener la mente ocupada y fingir que ya no lo rodea el vacío, aunque continúe sintiéndolo. Se concentra de tal manera en la búsqueda que ninguna otra cuestión parece importarle, y el tiempo se vuelve algo inútil que debe gastarse en cosas inútiles.



Sabemos que algunos de ustedes todavía sienten miedo...
Sabemos que algunos todavía se mantienen callados. Que ahora las cosas estén mejor no significa que todo esté siempre bien.

Soñar, amar y tener sexo no es algo que nos defina. Tal vez sea así para las otras personas que nos miran, pero no para nosotros mismos. Somos mucho más complicados que eso.

Desearíamos poder ofrecerles algo similar al mito de la creación, una razón precisa de por qué son como son. Una frase que, cuando la lean, sepan que estamos hablando de ustedes. Pero no sabemos cómo comenzó. Apenas logramos entender la época que nos tocó vivir. Si reunimos todas las cosas que aprendimos, ni siquiera pueden llenar el espacio de una vida.

Extrañarán el sabor de los Froot Loops.

Extrañarán el sonido del tránsito.

Extrañarán su espalda apoyada contra la de él.

Hasta extrañarán que les robe las sábanas.

No ignoren estas cosas.



Nosotros no teníamos Internet, pero sí una red. No teníamos sitios en red, pero teníamos sitios donde tejíamos nuestra propia red. Eso se daba especialmente en las ciudades. Incluso chicos jóvenes como Cooper y Tariq podían encontrarlos. En los muelles y en los cafés; en ciertas zonas del parque y en librerías donde Wilde, Whitman y Baldwin reinaban como reyes bastardos. Eran los refugios seguros, aun cuando temiéramos que, al mostrarnos abiertamente, estuviéramos exponiéndonos a que nos atacaran. En nuestra felicidad había rebeldía y también miedo. A veces, te movías en el anonimato y, otras, estabas rodeado de amigos y de los amigos de tus amigos. De cualquier manera, estabas conectado... por tus deseos, por tu rebeldía. Por el simple y complicado hecho de ser como eras.

Lejos de las ciudades era más difícil ver las conexiones, la red era más delgada, los sitios más difíciles de hallar. Pero estábamos allí. Aun cuando pensáramos que éramos los únicos, estábamos allí.



Hay pocas cosas que pueden alegrarnos tanto como una fiesta de graduación gay.

En este momento, las 21:03 de este viernes por la noche, nos encontramos en un pueblo que lleva el inverosímil nombre

de Kindling¹: seguramente los pioneros tenían marcadas tendencias suicidas o, quizás, no fue más que un homenaje a las ramas encendidas que mantuvieron a los colonizadores con vida. Con el transcurso del tiempo, alguien debió haber aprendido la lección del tercer cerdito, ya que el centro comunal está totalmente construido con ladrillos. Es un edificio gris y silencioso en un pueblo gris y silencioso, cuya arquitectura es tan hermosa como la palabra *municipal*. Es un lugar improbable para que se encuentren un chico de pelo azul y un chico de pelo rosa.

Kindling es un pueblo que no tiene suficientes jóvenes gays como para hacer una fiesta de graduación por sí mismo. De modo que, esta noche, los autos llegan de todas partes. Algunos chicos vienen en pareja, riendo o peleando o sentados en sus propios silencios. Otros llegan solos: se han escabullido de sus casas, o van a encontrarse con amigos en el centro comunal, o vieron la lista online y, a último momento, decidieron venir. Hay chicos de esmoquin, chicos adornados con flores, chicos con sudaderas rotas, chicos con corbatas tan estrechas como sus jeans, chicos con trajes humorísticos de tafeta, chicos con trajes no humorísticos de tafeta, chicos con camisetas de cuello en V, chicos que se sienten incómodos con zapatos de vestir. Y chicas... chicas vestidas de la misma manera, que conducen hacia el mismo lugar.

1. N. de la T.: Juego de palabras con el significado de la palabra *kindling* (ramitas o trocitos de madera utilizados para iniciar el fuego).

Si íbamos a las fiestas de graduación, íbamos con chicas. Algunos la pasaron bien; otros las recuerdan años después y se preguntan cómo habían logrado semejante estado de inconsciencia acerca de quiénes realmente eran. Unos pocos consiguieron ir juntos, con sus mejores amigas fingiendo que eran sus parejas. Solamente nos invitaban a ese ritual si manteníamos la línea de nuestros supervisores. Era más probable que Neil Armstrong nos invitara a un baile de graduación en la luna, a que nosotros fuéramos a uno como el que se lleva a cabo esta noche en Kindling.

Cuando estábamos en la secundaria, el color del cabello se movía dentro del insulso espectro del negro/castaño/anaranjado/rubio/gris/blanco. Pero esta noche, en Kindling, Ryan ingresa al centro comunal con el pelo teñido color azul turquesa. Diez minutos después, lo hace Avery con el cabello color rosa chicle. Ryan tiene el pelo como un puerco espín, mientras que el de Avery cae suavemente sobre sus ojos. Ryan es de Kindling y Avery es de Marigold, un pueblo a sesenta y cuatro kilómetros. Nos damos cuenta de inmediato de que no se conocen, pero están a punto de hacerlo.

No todos pensamos lo mismo con respecto al cabello. Algunos consideran que es ridículo tener pelo azul o rosa. Otros desearíamos poder regresar y lograr que el nuestro tuviera el mismo color de la gelatina que nuestras madres nos servían por la tarde.

Es muy extraño que todos pensemos lo mismo sobre algo. Algunos amaron y otros no pudieron. A algunos los

amaron y a otros no. Algunos no entendieron el motivo de tanto alboroto mientras que otros lo ansiábamos tanto que morimos intentándolo. Y también hay algunos que juran que no murieron por el sida, sino porque se les rompió el corazón.

Ryan entra al baile y Avery llega diez minutos después. Sabemos lo que va a ocurrir. Ya hemos visto esta escena tantas veces. Lo que no sabemos es si funcionará y si durará.

Pensamos en los chicos que besamos, los chicos con quienes tuvimos sexo, los chicos que amamos, los chicos que no correspondieron nuestro amor, los chicos que estuvieron con nosotros en el final, los que estuvieron con nosotros después del final. Amar es tan doloroso, ¿cómo se lo podríamos desear a alguien? Y el amor es tan esencial, ¿cómo podríamos interponernos en su camino?

Ryan y Avery no nos ven. Ellos no saben quiénes somos ni nos necesitan ni sienten nuestra presencia dentro del salón. Ellos ni siquiera se ven el uno al otro hasta unos veinte minutos después de haber llegado al baile. Ryan divisa a Avery por encima de la cabeza de un chico de trece años con tiradores (es cierto, muy gay) con los colores del arcoíris. Primero ve su pelo y después a Avery. Y Avery levanta la vista en ese preciso instante y distingue al chico de cabello azul mirando en dirección a él.

Algunos aplaudimos, otros desvían la mirada porque les resulta muy doloroso.

Siempre subestimamos nuestra propia participación en

la magia. Pensábamos que era algo que existía con nuestra participación o sin ella. Pero eso no es cierto. Las cosas no las produce mágicamente alguna fuerza exterior; son mágicas porque nosotros las creamos y luego las consideramos así. Ryan y Avery dirán que el primer instante en que hablaron, el primer instante en que bailaron, fueron mágicos. Pero fueron ellos –nadie más ni nada más– quienes los convirtieron en mágicos. Nosotros lo sabemos, pasamos por eso. Ryan se abrió a esa magia y Avery también. Y ese acto de abrirse era lo único que necesitaban. *Eso* es la magia.

Observen: el chico de cabello azul avanza y sonríe mientras toma la mano del chico de cabello rosa. Siente lo que nosotros ya conocemos: lo sobrenatural es natural, y el asombro puede provenir del movimiento más mundano, como un latido del corazón o una mirada. El chico de cabello rosa está asustado; increíblemente asustado. Solo aquello que más has deseado puede asustarte de esa manera. Oigan cómo laten sus corazones. Escuchen atentamente.

Ahora aléjense y observen a los demás chicos en la pista de baile. Los tranquilos inadaptados, los rebeldes desgarrados, los temerosos y los valientes. Los que bailan y los que no bailan. Los que charlan y los que no charlan. Pero están todos reunidos en el mismo salón, en el mismo lugar; todos juntos de una manera que antes no les estaba permitida.

Aléjense más.

Nosotros estamos parados en los aleros.

Si nos ven, saludénnos.



"El silencio equivale a la muerte", solíamos decir. Y por debajo de eso estaría la suposición –el miedo– de que la muerte equivalía al silencio.

A veces, vislumbras ese horror: cuando alguien cercano a ti se enferma, cuando a alguien cercano a ti lo envían a la guerra, cuando alguien cercano a ti se quita la vida.

Cada día, un nuevo funeral. La muerte constituyó gran parte de nuestra vida. Imaginen estar en una escuela donde cada día muera un estudiante. Y algunos eran tus amigos. Algunos, simplemente otros chicos que estaban en tu misma clase. Y no dejas de asistir a la escuela porque sabes que debes hacerlo. Te conviertes en el portador de la memoria y de la tristeza, hasta que te llega el turno de marcharte y de que te lloren a ti.

No tienen idea de lo rápido que pueden cambiar las cosas. No tienen idea de cuán repentinamente pueden pasar los años y terminar las vidas.

La ignorancia no es felicidad. La felicidad es conocer el profundo significado de lo que les han dado.



Son las 22:45. Craig Cole y Harry Ramírez están planeando el gran beso. Fueron semanas de preparación y ahora aquí están, la noche previa. La mayoría de los besos solo requieren dos personas, pero este terminará necesitando por lo menos doce. Ninguna de esas otras personas se encuentra ahora en la habitación. Están solo Craig y Harry.

–¿Realmente vamos a hacerlo? –pregunta Craig.

–Por supuesto que sí –responde Harry.

Saben que necesitan dormir y que mañana es el gran día. También saben que ya no hay vuelta atrás y que no es seguro que lo logren.

Deberían irse a dormir, pero la buena compañía es enemiga del sueño. Recordamos esa sensación de manera tan vívida: el deseo de quedarnos durante horas con otra persona, hablando o demorándonos o simplemente mirando una película. En esos momentos, el reloj resultaba arbitrario, ya que tu comprensión del tiempo se rige por una medida más personal.

Están en la casa de Harry. Sus padres salieron y el perro ya está dormido. Al sentirse dueños de la casa, también se sienten dueños del mundo. ¿Por qué habrían de querer cerrar los ojos ante algo así?

Están en la casa de Harry porque los padres de Craig no deben enterarse acerca del beso. En algún momento lo harán, pero no ahora. No antes de que haya sucedido.

En un rato, Harry dejará a Craig acurrucado en el sillón. Lo arrojará y luego se irá de puntillas a su habitación.

Estarán en lugares distintos pero tendrán sueños muy parecidos.

Nosotros extrañamos la sensación de que te arropen, así como extrañamos la sensación de ser ese ángel guardián que extiende la manta por encima de sus hombros mientras le desea dulces sueños. Esas son las camas que queremos recordar.

Estamos emocionados por el beso de mañana. No vemos cómo podrán hacerlo, pero esperamos que lo logren.



Avery, el chico de pelo rosa, nació como un chico al que todos veían como una chica. Podemos entender eso, que te vean como algo que no eres. Pero, para nosotros, era más fácil de ocultar. En cambio, Avery tiene que romper una cadena biológica mucho más gruesa. Desde muy joven, sus padres descubrieron lo que estaba mal. Su madre pensó que tal vez siempre lo había sabido, motivo por el cual le había puesto Avery (el nombre del padre de ella, que le pondrían al bebé, ya fuera varón o mujer). Con la ayuda y bendición de sus padres, aunque no siempre su comprensión, Avery se trazó una nueva vida. Tuvo que viajar muchos kilómetros, y no para bailar o beber, sino para conseguir las hormonas que colocarían a su cuerpo en la dirección correcta. Y funcionó. Miramos a Avery ahora y vemos que funcionó, y apreciamos

lo maravilloso que es... En nuestra época, habría quedado atrapado en un cuerpo infranqueable, en medio de un mundo complicado.

Mientras bailan, Avery se pregunta si Ryan se da cuenta y le preocupa que pueda molestarle. El chico de pelo azul lo ve bien, de eso no cabe duda. Pero ¿ve todo o solamente lo que quiere ver? Esta siempre será una de las grandes preguntas acerca del amor.

Ryan está más preocupado por el tiempo y cómo manejarlo. No puede creer que haya encontrado a alguien ahí, en el mismísimo centro comunal de Kindling; el lugar en donde aprendió a nadar, el lugar en donde formó parte del equipo de básquetbol cuando tenía nueve años; el lugar en donde colaboró con la venta de pasteles y las campañas de donación de sangre; el lugar en donde votará cuando tenga la edad suficiente para hacerlo. Sí, y también es el mismo lugar de donde se escabulló para fumar su primer cigarrillo y, un par de años después, su primer porro, pero nunca habría imaginado que en ese lugar encontraría a un chico de pelo rosa con quien bailar. Alcanza a percibir a sus amigos observando desde los costados y susurrando acerca de lo que sucederá a continuación. Y eso no hace más que amplificar su propia necesidad de saber. El tiempo corre muy rápido, pero ¿hacia dónde? ¿Debería detenerse y hablar más con ese chico, antes de que el DJ ponga la última canción y vuelvan a encenderse las luces? ¿O deberían quedarse así, unidos por la música, envueltos en una canción?

Háblale, queremos decirle. Porque es cierto que el tiempo puede mantenerse a flote en silencio, pero requiere del ancla de las palabras para fijarlo.

Sabemos qué es lo mejor para ellos y, en eso, el DJ no nos decepciona. Como todos los DJs harían en algún momento de la noche, pone un disco que significa mucho para él y nada para el resto de los presentes. En segundos, la pista comienza a despejarse; las conversaciones van aumentando de volumen; una fila se forma en el baño de hombres.

Ryan y Avery se detienen. Ninguno de los dos quiere marcharse si el otro desea quedarse.

Finalmente, Avery dice: “No se me ocurre ninguna manera de bailar esta canción” y Ryan comenta: “¿Quieres que vayamos a tomar agua?”.

Ya tienen una forma de escapar.

El DJ abre los ojos y contempla lo que acaba de hacer. Lo correcto sería que cambiara la canción, pero se trata de una dedicatoria a larga distancia al chico que ama en Texas. De inmediato, lo llama por teléfono y sostiene el celular en el aire.

No todos los discos tienen que ser para bailar. Siempre habrá una próxima canción que atraerá a los chicos de nuevo a la pista.



Esto es lo que ocurre cuando te enfermas gravemente: bailar deja de ser una realidad y se convierte en una metáfora. La mayoría de las veces, es una metáfora desagradable. Estoy bailando lo más rápido que puedo. Como si la enfermedad fuera un violinista que toca cada vez más rápido y perder el ritmo equivaliera a morir. Continúas intentándolo hasta que, finalmente, el violinista te derrota.

No es ese el tipo de baile que tienen que recordar, sino más bien una canción lenta, como el último disco que bailaron Avery y Ryan. Es bueno recordar el baile como lo recuerda Tariq mientras se encamina a su casa después de una noche en la discoteca. Son recién las once de la noche, que es apenas mediodía cuando estás de fiesta, pero les prometió a Craig y a Harry que dormiría un poco para poder estar con ellos para el gran beso de mañana sin quedarse dormido. Fue duro para él apartarse de la música, del ritmo que creaba. Intenta recrearla poniendo la música a todo volumen en sus oídos, ignorando los demás sonidos del tren suburbano y nocturno. No es lo mismo, porque no hay otros chicos a quienes mirar ni que te miren, solo unos pocos rezagados que vuelven del trabajo y algunas chicas que acaban de ver una obra de Broadway. Una de ellas intentó llamar la atención de Tariq un rato antes, y él le echó una sonrisa de disculpa, lo cual la devolvió a su programa del teatro.

Si cierran los ojos, pueden inventar un mundo. Tariq cierra los ojos y ve mariposas brillantes que giran en el aire al ritmo de la música que escucha dentro de su mente. En

la pista de baile, como en la vida, eso es lo que Tariq quiere ser: una mariposa colorida que vuela muy alto.

Hay algo especial en la pureza de los sueños con mariposas, en todas las cosas que puede destrabar la música cuando eres joven. Cuando surte efecto, esa libertad no se detiene con la última canción, sino que la llevas contigo y la utilizas para cuestiones más importantes.

Lo notas cuando ya no la tienes.



Ryan y Avery sienten que se entienden con las palabras, sienten la simple alegría de moverse al mismo ritmo, de acompañarse con el pensamiento. Alicia, la amiga de Ryan, los está llevando de regreso en su auto. Se mantiene fuera de la conversación y le echa una mirada a su amigo de tanto en tanto. Ryan la ignora, pues Avery y él están dentro de su fortaleza de la no-soledad, conversando acerca de lo pequeños que son sus pueblos y lo extraño que es estar en un baile de graduación gay. A Ryan le encanta la forma en que cae el pelo de Avery y la tímida curiosidad que hay en sus ojos. Avery, mientras tanto, echa constantes miradas furtivas al final del cuello en V de Ryan, a los jeans, a sus manos perfectas.

Nosotros recordamos cómo era conocer a alguien por

primera vez. Recordamos cómo era concederle a alguien la posibilidad. Te asomabas desde tu propio mundo y luego entrabas en el del otro sin saber qué encontrarías, pero esperando que fuera algo bueno. Eso es lo que están haciendo Ryan y Avery. Entras en el mundo del otro y ni siquiera te das cuenta de que ya has perdido tu soledad. La has abandonado pero no lo percibes, pues no deseas volver atrás.

Tienes la vista clavada en él.



Quizás debido al Dr Pepper Light que bebieron más temprano, Peter y Neil continúan despiertos, más tarde de lo que esperaban. La cita fue un éxito, a pesar de que ya llevan juntos el tiempo suficiente como para no considerarla una cita, sino simplemente una noche juntos. Miraron las dos películas, una detrás de la otra; de terror primero (para Neil) y luego la comedia romántica (para Peter), mientras Neil intentaba no sonreír ante el miedo de Peter durante la película de terror y ante sus lágrimas durante el predecible transcurso de la comedia romántica. Peter todavía se siente avergonzado ante estas cuestiones, y Neil es consciente de esa vergüenza... aun cuando no *siempre* pueda contener la risa. (“¿Estás bien?”, le preguntó en un momento durante la película en que Peter se veía particularmente tenso, y no pudo evitar darle

un apretón en el brazo con fingida comprensión cuando Peter respondió: “Estoy preocupado por Emma Stone”).

Sus padres todavía no están listos para que se queden a dormir juntos, de modo que Neil se marchó de la casa de Peter justo antes de medianoche. Ahora cada uno está en su propia habitación de sus respectivas casas hablándose por Internet mientras se preparan para ir a dormir. De vez en cuando, alguno de los parientes coreanos de Neil aparece en la columna de Skype, y él se siente aliviado al ver que ninguno intenta saludarlo. La conexión de Peter está dedicada exclusivamente a Neil, al menos a esa hora.

Peter piensa que no existe nada más adorable en todo el universo que ver a Neil en pijama. Son pijamas tradicionales: camisa abotonada a rayas con pantalones rayados, con elástico en la cintura haciendo juego. Son por lo menos un talle más grande de lo que deberían y da la impresión de que está esperando que Mary Poppins se asome para decirle que es hora de irse a la cama. Peter lleva puesto bóxers y una camiseta con la leyenda *LEGALIZE GAY*. Aunque llevan horas conversando, hablan una hora más, a veces sentados en la computadora y mirándose, y otras con la cámara encendida mientras caminan por el dormitorio, se lavan los dientes y escogen la ropa para el día siguiente.

Envidiamos semejante intimidad.

Llega un momento en que la conversación entre Neil y Peter cae en una nebulosa y se torna muy confusa como para proseguir. Hasta el Dr Pepper Light deja de tener efecto

después de un rato. Pero esa nebulosa es blanca y de algodón, como esas nubes que los niñitos imaginan que los llevarán hacia el mundo del sueño. Peter le desea dulces sueños a Neil, y Neil le devuelve el deseo. Después, por un instante, se dicen adiós con la mano, sonríen, un último vistazo fugaz a los pijamas y luego se dicen “buenas noches”.



Tarde o temprano, todos debemos irnos a dormir. Es el primer indicio de que el cuerpo siempre gana. Por más felices que estemos y por mucho que queramos que la noche se prolongue indefinidamente, dormir es inevitable. Podrán evitarlo durante unos instantes vertiginosos, pero la necesidad del cuerpo siempre retornará.

Solíamos luchar contra ella, ya fuera conversando en la oscuridad o bailando bajo las luces parpadeantes. Queríamos que nuestras noches fueran interminables, para que la conversación pudiera continuar y el baile pudiera seguir adelante. Nos llenábamos de café, de azúcar, de sustancias más fuertes y peligrosas. Pero la somnolencia siempre nos inundaba y, finalmente, nos hacía cambiar el curso.

Solíamos pensar en broma que el sueño era nuestro enemigo, un flagelo. ¿Por qué habitar en la morada del sueño cuando tantas cosas sucedían fuera de ella? Y luego la lucha

se volvió más desesperada. Cuando sabes que solo te quedan meses, días, ¿quién quiere dormir? Solo cuando el dolor es demasiado. Solo cuando estás desesperado por vivir en la negación. De no ser así, el sueño es tiempo perdido que nunca recuperarás.

Pero qué negación más placentera. Vagando sin rumbo por encima de la tierra del sueño, podemos ver por qué los insomnes ruegan y los soñadores lideran. Observamos a Craig acurrucado en el sofá verde limón de Harry, bajo una manta de croché que tejió la bisabuela de Craig. Vemos a Harry en su dormitorio, los brazos curvados y las manos debajo de la cabeza, el cuerpo en forma de *g* minúscula. En otro rincón del mismo pueblo, Tariq se ha quedado dormido con los auriculares puestos, música islandesa serpentea a través de sus viajes nocturnos. En otro pueblo, Neil, en pijama, sueña que está jugando con Peter al tateí, mientras Peter, en camiseta y bóxers, sueña que pingüinos emperador han tomado el centro comercial y están intentando venderle gafas de sol a Emma Stone. En un pueblo llamado Marigold, Avery se queda dormido con un número de teléfono escrito en la mano; mientras que en un pueblo llamado Kindling, Ryan tomó una bolsa de dormir y se quedó dormido bajo las estrellas, sonriendo al pensar en un chico de pelo rosa y en lo que posiblemente harían al día siguiente.

Solo Cooper sigue despierto, pero no será por mucho tiempo más. Ingresa en otros husos horarios, habla con hombres que se están despertando, con hombres que le

están robando tiempo al trabajo. Los engaña a todos pero no puede engañarse a sí mismo. Continúa en medio de la nada y, por más que fuerce la vista, no encuentra un lugar donde estar, especialmente dentro de sí mismo. Cree que el mundo está lleno de personas estúpidas y desesperadas y, al pasar tanto tiempo con ellas, solo logra sentirse estúpido y desesperado. Eso nos preocupa. Le decimos que se vaya a dormir. Todo es mejor después de dormir. Pero él no puede escucharnos y no se detiene. Los ojos se le cierran cada vez más. *Cooper, vete a la cama, le susurramos. Vete a tu cama.*

Se queda dormido frente a la computadora. Hombres de otros horarios le preguntan si sigue ahí o si se marchó. Luego abren nuevas ventanas y queda vacía la de él. Cooper no nota el momento en que todos los demás abandonaron la habitación.



Este panorama está incompleto. Hay chicos despiertos odiándose a sí mismos. Hay chicos teniendo sexo por los motivos correctos y chicos teniendo sexo por los motivos incorrectos. Hay chicos durmiendo en los bancos y bajo los puentes, y chicos desafortunados con más suerte durmiendo en refugios que parecen un lugar seguro, pero no un hogar. Hay chicos tan cautivados por el amor que no logran calmar

sus corazones y descansar, y otros tan lastimados por el amor que no pueden dejar de mordisquear su dolor. Hay chicos que aferran secretos de noche, de la misma manera en que se aferran a la negación de día. Hay chicos que no piensan en absoluto en ellos cuando sueñan. Hay chicos que se despertarán durante la noche, y hay chicos que se duermen con el teléfono en el oído.

Y hombres. Hay hombres que hacen todas estas cosas. Y hay algunos hombres, cada vez menos, que se duermen y piensan en nosotros. En sus sueños, aún seguimos a su lado. En sus pesadillas, aún seguimos muriéndonos. Nos llaman en medio de la penumbra. Mientras duermen, pronuncian nuestros nombres. Para nosotros, es el sonido más profundo y desgarrador que tuvimos el privilegio y la desgracia de conocer. Decimos sus nombres en un susurro. Y, en sus sueños, quizás nos escuchen.



Deseáramos poder mostrarles el mundo mientras duermen. Así no tendrían ninguna duda de cuán similares, cuán confiados, cuán sorprendentes y vulnerables somos todos.



Nosotros ya no dormimos, y como ya no dormimos, ya no soñamos.
En su lugar, observamos. No queremos perdernos nada.
Ustedes se han convertido en nuestros sueños.



En medio de la noche, la madre de Harry abre la puerta del dormitorio de su hijo y comprueba que esté realmente dormido. Luego se dirige a la sala, hace lo mismo con Craig y sonríe al verlo envuelto en la manta de croch e. Sabe que mañana los espera un gran día y est  preocupada por ellos. Pero solo muestra su preocupación cuando est n dormidos. La mayor parte del tiempo, siente orgullo. Se admite que el orgullo tenga un componente de preocupación, especialmente en una madre.

La mamá de Harry lo arropa por segunda vez. Lo besa suavemente en la frente y luego sale de la habitación en puntillas de pie.



Extra amos a nuestras madres. Ahora las entendemos muchísimo más.



Y los que tenían hijos extrañan a sus hijos. Los vemos crecer con tristeza, asombro y miedo. Nos hemos alejado, pero no del todo, y ellos lo saben, lo sienten. Ya no estamos ahí, pero todavía no nos fuimos. Y será así por el resto de sus vidas.

Nosotros los observamos y ellos nos sorprenden.

Nosotros los observamos y ellos nos superan.



En los oídos de Tariq, la música se desvanece. Se va quedando sin batería, pero él no lo nota. Es uno de los mayores talentos del cuerpo: la capacidad para prolongar la música hasta mucho después de que se haya desvanecido en el aire.



Dormido en el patio trasero, Ryan no nota el círculo de rocío que se forma a su alrededor mientras la noche se va calentando y se hace de día. Cuando abre los ojos, hay un destello en la hierba.



El despertar del mundo. Hasta el más cínico de nosotros debe recibirlo con una pizca de esperanza. Tal vez sea una reacción química, nuestros pensamientos conversan con el amanecer y crean esa breve pero intensa fe en lo que nace.

Nos quedamos en silencio mientras miramos al sol que se asoma sobre el horizonte. Sin importar dónde nos encontremos ni a quién estemos observando, hacemos una pausa. A veces, miramos a la distancia para ver el comienzo del día. Otras, lo contemplamos reflejado en las personas que se han vuelto importantes para nosotros, los observamos mientras la luz se extiende por encima de sus rostros dormidos. ¿Cómo no tener esperanza mientras el mundo, por un instante, se cubre de un dorado resplandor? Nosotros, que ya no podemos sentir, aún lo sentimos. El recuerdo es tan fuerte.

Despertar es duro y glorioso a la vez. Los observamos moverse y luego levantarse con dificultad. Sabemos que la gratitud es en lo último en lo que piensan. Pero deberían estar agradecidos.

Es un nuevo día y pueden disfrutarlo.



Harry se despierta entusiasmado. Después de tantos planes y de tanta práctica, por fin llegó el día. Este sábado en particular ya no es un cuadradito en el calendario, ya no es una fecha comentada en tiempo futuro. Es un día que ha llegado como cualquier otro, pero que no se parece a ninguno de los anteriores.

Con la melena desgreñada y la ropa de dormir arrugada, va directo de la cama a la cocina, donde se encuentra con sus padres, que se están preparando para comenzar el día. El papá está preparando el desayuno, y la mamá está sentada a la mesa leyendo las instrucciones del crucigrama en voz alta para que puedan completar juntos el acertijo.

–Estábamos a punto de despertarte –dice la madre.

Harry continúa su camino hacia la sala. En el sofá, Craig está sentado con la espalda derecha y aspecto de que la mañana es un problema matemático que tiene que resolver antes de salir de la cama.

–Papá está haciendo tostadas francesas –anuncia Harry, sabiendo que el agregado de comida a la ecuación contribuirá a su más rápida solución.

Craig responde con algo que suena parecido a *Mah*.

Harry le da un golpecito en el pie y regresa a la cocina.



Suena la alarma de Tariq, pero él no se siente alarmado. Con los auriculares todavía amortiguando el ruido exterior, el sonido le parece que es música que proviene de la habitación contigua, y lo recibe lentamente, como una invitación.



Apenas Neil sale del baño, le envía un mensaje de texto a Peter.
¿Tas listo?, pregunta.

Y la respuesta llega de inmediato: *Para lo que sea.*



Sonreímos ante la respuesta, pero luego desviamos la vista hacia la casa de Cooper y nos detenemos. Todavía está dormido en el escritorio, el rostro apenas apoyado sobre el teclado, que mantuvo la computadora despierta durante la noche. Su padre está por entrar a la habitación y no se ve contento. Todas las ventanas del chat de Cooper aún están abiertas en la pantalla.

Sentimos escalofríos al ver lo que está a punto de suceder. Lo vemos en el rostro de su padre. De todos nosotros, ¿quién no ha hecho lo mismo que Cooper? ¿Quién no ha